

# SE BUSCAN HÉROES

PALOMA MUIÑA



edebé

**periscopio**

**SE BUSCAN  
HÉROES**

© Paloma Muiña, 2022

© Ed. Cast.: Edebé, 2022

Paeso de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 444 441

contacta@edebe.net

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte

*Editora:* Elena Valencia

*Coordinación de la Producción:* Elisenda Vergés-Bo

*Diseño de la colección:* Book & Look

*Fotografía de cubierta:* Shutterstock

Primera edición, septiembre 2022

ISBN: 978-84-683-5591-7

Depósito legal: B. 7213-2022

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

PALOMA MUIÑA

# SE BUSCAN HÉROES



**edebé**



Carmen anotó la última frase y releyó la lista. Así, sueltas, no tenían sentido. Pero en eso consistía el juego, ¿no? En apuntar las frases según te venían a la mente.

—Piensas demasiado —le había reprochado Susana.

—Y tú, nada de nada.

—Eres incapaz de hacer cualquier cosa sin darle mil vueltas. Qué latazo, tía, analizarlo todo. Hasta tus pensamientos. Piensas en lo que piensas como un cirujano.

—Pero ¿qué dices?

—¿Que no? Venga, piensa algo, lo que sea. Y dímelo.

—¿Que piense qué?

—Una frase. La que te venga a la mente.

—Qué tontería.

—No puedes.

—Sí puedo.

—No. Piensas, y luego hablas. No sabes dejarte llevar.

—Mentira.

—Verdad.

—Los gordos querrían ser libélulas.

Susana miró a Carmen con los ojos como platos y se echó a reír.

—¿Qué has dicho de las libélulas?

—Lo primero que se me ha pasado por la mente. ¿Ves como puedo?

No era verdad. Esa frase le venía rondando la cabeza desde hacía días. Se la había oído decir a una señora mientras hablaba con su nieta. No tenía ni idea de qué iba la conversación. La niña tenía unos rizos pálidos que le caían por la frente y la piel muy blanca. Cuando habló, a Carmen le chocó su voz, inusitadamente grave: «¿Esas de ahí son libélulas?».

La señora, que sujetaba a la niña entre las rodillas y apoyaba su cabeza en la sien infantil, se echó a reír. Ambas concentraron la mirada en el móvil.

—¡Qué más quisieran! Estos son unos señores muy gordos y muy feos.

Carmen no siguió escuchando. El hecho de que unos señores gordos ansiaran ser libélulas y que alguien decidiera por ellos que eso no podía ser le pareció indignante. Y poético. Los gordos querrían ser libélulas. Triste y divertido. Pero ¿por qué no? Si de verdad lo querían, ¿por qué no?

No se lo confesó a Susana. Pero, en cuanto llegó a casa, apuntó la frase en un cuaderno y se prometió escribir muchas más. Las frases más tontas del mundo. Las que le vinieran a la cabeza. Sin pensar. Porque era capaz. Por supuesto que era capaz de pensar... sin pensar.

Y allí estaban todas, varios meses después:

- *Los gordos querrían ser libélulas.*
- *El naranja no es un color.*
- *Paciencia alcalina.*
- *Una columna dórica.*
- *Al otro lado de la cuerda.*
- *El día que me desenrosquen...*
- *Cuidadora de buzones.*
- *Hay gente buena.*
- *BUM.*

—¿Por qué no?

Suspiró. Para ella, esas frases tenían sentido. De hecho, tenían muchísimo sentido. Pero Susana estaba equivocada. A veces podía dejarse llevar. ¿O no?





# **SE BUSCAN HÉROES...**

## **de andar por casa**

Mientras cocinas, cuando paseas  
al perro, camino del trabajo...  
Cada día superas problemas.  
Y a veces, ¡salvas a alguien!  
Para ser un héroe, no hace falta llevar capa.  
Nosotros lo sabemos, ¡pero  
queremos contárselo al resto!

[www.sebuscanheroes.com](http://www.sebuscanheroes.com)

Participa en el concurso y gana

# **40 000 euros**

¡Para seguir salvando al mundo!



## Capítulo uno

—¿Qué miras? Héroes..., ya. Como nosotras.  
Carmen levantó una ceja.

—¿Nosotras?

—¿Qué te parece aguantar al de mates?

—Sobrehumano.

—Pues eso. Ojalá tuviera ya treinta años.

—¿¡Quieres ser vieja!?

—Quiero tener pasta y viajar y hacer lo que me dé la gana.

Carmen se quedó mirando a su amiga. Sus ojos azules formaron una línea oscura.

—Lo típico cuando tienes treinta tacos. Igualito que mi madre.

—Qué horror. Aguantarte como hija... Eso no es vivir, Menchu. —Susana la agarró por los hombros y empezó a sacudirla—. Eso es morir muuuuy despacio.

Carmen cerró los ojos y chascó la lengua.

—Muerta, *matá*.

El eco de sus risas retumbó en el pasillo, de pronto vacío. Carmen miró a su alrededor y luego al móvil:

—¡Ostras, llegamos tarde!

Ambas echaron a correr.

—¡Espera!

—¡Corre!

Justo al doblar la esquina, Susana se dio de bruces con un chico como un armario. Él se quedó dos segundos aturdido mientras ella lo miraba intentando averiguar de dónde había salido.

—¡Perdona! —exclamó inmediatamente.

Volvió a correr, entró en el pabellón y desapareció detrás de su amiga.

\*\*\*

A Carmen le costó muchísimo concentrarse en clase. Las palabras de Susana daban vueltas en su cabeza. Su madre no había viajado, desde luego. Ni podía hacer lo que le diera la gana. Apenas llegaban a fin de mes. Y su trabajo era una mierda. ¿Le gustaba su vida? A lo mejor su madre se sentía de verdad morir cada día. Carmen se removió en la silla y resopló.

—¿Hay algún rinoceronte en clase? —preguntó Carlos sin volverse. Estaba escribiendo una fórmula en la pizarra.

Todos se echaron a reír y miraron a Carmen. Ella ni se enteró.

Una hoja de papel arrugada aterrizó en su mesa. «¿En qué piensas?», ponía.

Carmen se dio la vuelta y buscó a Jorge con los ojos. Estaba sentado dos mesas más atrás y copiaba los ejercicios de la pizarra: «Toc, toc, ¿hay alguien?», se regañó. «A Jorge le importa un bledo lo que pienses». Susana, sentada justo en diagonal, le sacó la lengua y se puso bizca.

«Idiota», vocalizó Carmen.

«Tú más», vocalizó Susana.

El timbre sonó quince minutos después.

—¿Desayunamos? —preguntó Susana.

—Tampoco es que nos estemos muriendo...

—Sííí, me muero de hambre...

—Me refiero a lo que has dicho antes. No nos morimos cada día... Más bien... sobrevivimos.

—Necesitas un bocata de jamón. El lunes te ha sentado de pena...

Carmen enseñó a Susana su triste monedero:

—No me da.

—Bueno..., pues un chupachups.

De vuelta de la cafetería, Carmen iba callada. Un gesto de reconcentración marcaba su ceño.

—*Vengo, cóntomelo* —dijo Susana con el chupachups en la boca.

—¿El qué?

—¿Qué te ronda?

Carmen se encogió de hombros.

—Nada, eso de los héroes...

—¿Qué héroes?

—Lo que ponía en el anuncio. Lo de superar problemas todos los días y eso. Y llevar una vida de mierda. Y no quejarse...

—Estás rara de narices.

—¿Sabes quién es una heroína? Mi madre.

—Claro. Y tu hermano, Superman.

—En serio.

Susana se quedó mirando a su amiga. Sí que hablaba en serio. Una ternura infinita la inundó.

—Claro que sí, Menchu. Tu madre es la leche...  
—susurró. Y le dio un beso en la mejilla.

Carmen sonrió y siguieron andando.

—Pero mañana te traes el bocata de jamón —añadió Susana con un empujón.

—Eres idiota.

—Yo también te quiero.

\*\*\*

Carmen volvió a casa andando. Había llovido y las hojas caídas formaban una gigantesca alfombra ocre y húmeda bajo sus pies. Apretó la carpeta contra el pecho cuando una ráfaga de viento se coló por el cuello de su jersey. ¿Cómo era el nombre de la web? Algo de héroes, eso seguro. ¿Héroes cada día? ¿Superhéroes de la calle? Una gigantesca hoja de plátano bailó en el aire, unos metros por delante de ella, hasta posarse en el suelo, adormecida. Carmen miró al cielo encapotado. Lo cubría todo con una languidez que arrebatava el aliento de ese mediodía otoñal. Incluso los colores de las hojas, superpuestos en perfecta armonía, parecían desaparecer bajo la capa ceniza. Como si no fueran colores ciertos. Solo espejismos. Un amarillo que murió. Un marrón que se ha perdido. Un verde que se fue. Un naranja que ya no es... Inspiró con fuerza. «Es una tontería... Pero por echar un vistazo a la web, tampoco pasa nada...».

Un autobús pasó a toda velocidad a su lado. Las ruedas levantaron el agua de la calzada y Carmen sintió como una bofetada la salpicadura gélida en las

piernas.

—¡Hermanita lentorraaa! —gritó Rami desde algún lugar dentro del autocar.

Ella no lo vio. No le dio tiempo.

—Imbécil —murmuró.

Últimamente era todo lo que podía decir de él.

Tampoco vio a Jorge observándola desde una de las ventanas. A él le hubiera gustado lanzarle en ese momento otro papelito: «¿En qué piensas?».

Carmen volvió a clavar la vista en el suelo y, de pronto, como si alguien hubiera colocado un luminoso subliminal en su cerebro, pensó: «El naranja no es un color». Y se lo apuntó mentalmente.